PQ6623
.E45
F6
1904

FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

LA GOLONDRINA

I

—¡Sinda!... ¡Sinda!..

—¿Llamaba el señorito?

—Llamaba el señorito. Para decirte que á tu sobrino le voy yo á colgar de la cagiga más alta que haya en el monte. Se lo puedes anunciar si le ves antes que yo.

—Pues, ¿qué ha hecho el venturao?

—¿Que qué ha hecho? No se te habrá olvidado lo que nos costó conseguir para él la plaza de peatón...

—No, señor; no.

—A tí no dejarme en paz á ninguna hora, hablándome siempre de lo mismo: «¡Señorito, que se la birlan!» A mí marear á todos los amigos y pedir, por último, ese favor á un diputado que me debe dinero, lo cual es

010378

lo mismo que renunciar á que me lo pague nunca... Nada de esto has olvidado ¿verdad? Pues mira cómo lo agradece el peatón: entregando esta carta con dos días de retraso. Y es la tercera vez que sucede. Ya comprenderás que para esto no valía la pena de haber quitado el puesto al otro.

—Señorito, que era un borracho.

—Pues éste es un mandria, y más quiero yo un borracho que un mandria... Claro: el angelito vió que llovía y dijo: «Vaya, lo que había de contar hoy este papelucho, que lo cuente mañana.»

—De manera es que tan malos se puén poner los caminos que también pué esborregarse por el Cintón abajo.

—¡Qué lástima!...—Pues si en Junio hace esto, dime tú qué va á pasar en invierno.

—El otro, dice usted... Por Dios, señorito, si traía las cartas oliendo á vino que tumbaban.

—Peor es que huelan como ésta, á puchero de enfermo.

—Eso cuando no las perdía.

—Más vale que se pierdan que no que lleguen tarde... En fin, da gracias á que, tarde y todo, trae este pliego la noticia que trae, que sinó, te juro que cumplía mi amenaza. Pero hoy es día de alegrarse todo el mundo, y no de colgar á nadie. Ahí tienes, ya se me pasó la coragina... Ea, ahora á tratar de remediar el mal que ha hecho ese

ganso. ¿Tú sabes, viejuca, quién va á venir? ¿No lo adivinas?

—Sí, señor; con sólo mirarle á usté. Por que no pué ser otra más que ella.

—¡Ah, qué penetración tienes! Por algo te he elevado yo al alto puesto que ocupas en Palacio.

—¡Qué gusto, ver otra vez á la señorita Mercedes! A la *Golondrina*, como usté la llama.

—Y ver á su tía, mujer. Pues ¿qué te ha hecho la pobre señora?

—Nada; antes al contrario. Es que... Doña Anita es muy buena, ya lo creo que es buena, de lo mejor; pero.. vamos, que como Doña Anita hay más, y como la señorita... ¡como la señorita no hay más que ella!

—¡Choca!

—¿Porqué choca?

—Digo que me dés la mano: estamos conformes... Conque á ver, á arreglarlo todo, á disponerlo todo, ¡á engalanar la casa, que viene la *Golondrina*!

—Y ¿cuándo llegan, señorito?

—No se sabe, pero muy pronto. ¿Qué es hoy? ¿Lunes? Pues yo creo que para el viernes están aquí. De todos modos, ya me dicen en la carta que me avisarán por telégrafo la salida de Madrid: por el del ferrocarril. Ya sabes que el jefe de estación me manda un propio en cuanto hay un parte

para mí. Conque á mover ese cuerpo, para prepararlas un digno recibimiento.

—Ya ve que todos los años se ha hecho.

—Sin embargo, siempre se nos olvida algún detalle... ¡Claro! Como para mí todo está bueno y aquí, en el monte, vivimos como fieras.

—¡Señorito! ¡Como fieras!

—Poco menos... Y, además, como ese pillo de cartero nos ha robado dos días... Suponte tú que hiciera falta alguna cosa de la ciudad: pues no hay tiempo de traerla.

—Si no hace falta nada.

—Dios lo quiera... Vamos por partes. En el gabinete de la señorita, ¿estará todo en regla?

—Todo. Ya sabe usté que esa habitación no se usa pá nada, ni allí entra nadie, como no sea la Rosuca ó yo pá limpiarla.

—¿No se habrá roto nada, ni se habrá estropeado? Dime: ¿no se habrán deslucido las cortinas, el pabellón de la cama...

—¡Si todo es nuevo, como aquél que dice!

—¡Nuevo! A tí todo te parece nuevo. No te fijas en que por estas alturas no pasa el tiempo: sin duda no se atreve á subir hasta acá... ¡Nuevo!

—El año pasao se compró todo, cuando iban á venir las señoras.

—Sí, eso es verdad; pero á lo mejor resulta que ya hay otra moda. Sabe Dios lo

que se estilará ahora por allá abajo. Les va á parecer una birria.

—¡Una birria, con lo que le debió á usté costar poner el gabinete como está! Acuérdese, señorito, que estuvieron todo un mes trabajando ahí los tapiceros y los pintores. Ya sabe usté que hasta gente de Madrid ha venío á verlo, y buscando empeños pá que usté se lo enseñara.

—Yo quisiera haberla dado este año una sorpresa... En fin, ya no tiene remedio. ¿Dices que todo está bien?

—Como si acabaran de ponerlo.

—No me fío; voy á enterarme por mí mismo.

—Venga usted, se lo enseño.

—No: tú vete á avisar á Hilario. Que venga aquí enseguida, que tengo que hablarle.

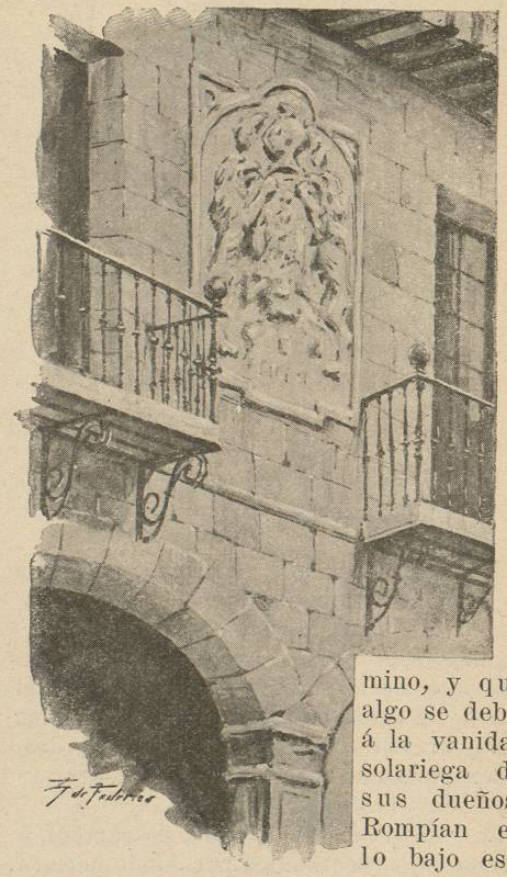
Y, en diciendo esto, Pedro salióse por una puerta, que á la mano derecha se abría, de la estancia en que había pasado este diálogo.

II

La escena representa una casa vieja de señor en la Montaña, en lo más alto de la Montaña.

Era una mole casi cuadrada, avara de huecos en los muros del norte y del vendabal, los dos lados por donde viene la muerte, esto es, el viento á quien basta una rendija para meter en la casa todo el frío del Polo, y el otro que azota la fábrica con las disciplinas de la lluvia, hasta pudrir y deshacer cuanto no fuere piedra, y piedra tan dura como la de estos sillares.

La fachada del sol abríale, en cambio, á éste amplios ventanales por donde entrara á calentar las entrañas al caserón. Verdad es que era también la que daba sobre el ca-



mino, y que algo se debía á la vanidad solariega de sus dueños. Rompían en lo bajo este muro dos arcos regulares, de los cuales sólo uno era practicable en los días en que pasa

esta historia de la *Golondrina*; el otro estaba tapiado, y no abría más ojo que el de una ventana cuadrada, con reja en cruz, por donde entraba la claridad á la cuadra, construída en un trozo robado al primitivo y anchuroso portal. El piso primero ostentaba dos enormes balcones de anchos huecos y formidable barandaje de hierro, exfoliado ya á partes como un hojaldre, por la acción combinada del orín y los años, y decorado en los ángulos del balaustre por gruesas bolas del mismo metal. Entre ambas aberturas de balcón se espaciaba á su sabor el escudo de armas, tan grande que los leones que le tenían eran casi de tamaño natural, y, á estar mejor labrados, lo mismo ellos que un hombrón á caballo que en el blasón figuraba, hubieran puesto miedo al que de pronto se asomase y los viera tan de cerca. Un balcón único, pero con tres salidas á su recinto, corría, en fin, á lo largo del cuerpo superior.

La escalera era ancha de dos varas, de piedra en su primer tramo, de madera en el segundo, flanqueada en aquél por maciza balaustrada de piedra, y más arriba por una de hierro. Andaba mal de luz; así que de un cuadro que pendía de la pared, sobre el primer descanso, sólo se distinguían algunos manchones claros: la grupa de un caballo blanco, un á modo de albornoz ó manto de cruzado, que flotaba en el aire como puesto

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

á secar, y pocos más pedazos. Ello debía ser cosa de batalla, ó entrada triunfal de algún rey ó famoso caballero... La escalera iba á estrellarse bien pronto contra una pared encalada, en la que se veía una puerta por donde se entraba al piso principal.

Eran en él las piezas más importantes el salón, cuya puerta se hallaba frontera á la de ingreso en el piso, y la habitación contigua—que es donde acaban de hablar Pedro y su vieja ama de llaves—gabinete, despacho, biblioteca, y hasta comedor en ocasiones, del dueño de la casa, y casi único cuarto que habitaba, fuera del inmediato dormitorio.

El salón no lo estaba de ordinario sino por las venerandas sombras de aquellos ilustres varones cuyos retratos colgaban de los muros. Alineábanse por riguroso orden cronológico. Empezaba la serie por un caballero del tiempo de Felipe II, la barba apuntada, pelona la cabeza, según dejaba ver por los lados una especie de flan requemado con que la cubría, y acababa en el penúltimo Rudagüera, el cual era un guapo mozo, vestido con ajustado frac de abultada armadura: aparecía todo afeitado, y era fino y alargado de cara. Algo tenía de Martínez de la Rosa. Entre ambos extremos de la linajuda fila se *acaldaban* hasta nueve ó diez lienzos más, en todos los cuales destacábase como detalle común, excepto de uno

en que se representaba á un guerrero, la nota blanca de las valonas ó los cuellos de Milán. Casi todos ostentaban al pie, en cuatro ó cinco renglones de letras blancas, el nombre y dignidad ó empleo del retratado, que solía ser del *ávito de Calatrava*, y de dos ó tres de ellos se consignaba haberse hallado en algún hecho de armas. Simpática galería; rostros en su mayoría nobles y bien compuestos; medianas pinturas, salvo dos, de una de las cuales se decía que era *un Coello*.

El mueblaje actual de la estancia era viejo, mas sin llegar á *antiguo* y, por lo tanto, á venerable. Ocupaban el testero un panzudo sofá y dos butacas, puestas una enfrente de otra en la línea anterior al sofá, en esa clásica disposición que simula la de una persona incivil que, tumbada á la larga, recibe la visita de dos señoras gordas y algo despatarradas.

Mucho más sabor y arte que el salón—aun á pesar de sus retratos—tenía la cámara en que solía parar Pedro. Eran allí artísticos hasta el desorden y la incoherencia mismos de los muebles y demás objetos. Junto á un sillón de cuero con respaldo tallado, una *chaisse-longue* de terciopelo amarillo; una típica mesa de grueso tablero, ya mordido en los bordes, con tirantes de hierro y patas salomónicas, y al lado uno de estos muebles tísicos de ahora, que yo no

sé si era juguetero, mesa-ayudante, ó lo que era. Una elegante librería moderna encerraba en extraño consorcio unos tomos viejos de Doña María de Zayas y un libro de D'Anunzio... Ni faltaba el indispensable vargueño, que cuando es *de verdad*, esto es, cuando ya le había en casa, está muy en su sitio.

Pedro, en fin, había acumulado en aquel gabinete cuanto de la casa le era útil ó agradable, sin cuidarse de casar estilos, y atento sólo á tener á la mano todo lo que necesitar podía para su comodidad ó su deleite. Veíanse aquí y allá, apoyados en las paredes, estorbando otros sobre mesas y sillas, armas y pertrechos de caza, libros en montón, unas peras muy gordas puestas á madurar, cartuchos, á lo mejor una corbata, y, pasando y repasando entre todo ello, un lebrel, el favorito, que lo mismo se espulgaba sobre el diván amarillo que plantaba la pata sobre una edición gótica.

III

Era Pedro de Rudagüera de hidalga y hermosa catadura, señor en su porte y sueltos modales como en la lealtad de su mirada, bien puesto de barba y bigote, que ya en algún punto caneaban; alto, musculoso, y ni magro ni obeso. Andaba por los cuarenta y cinco; pero andaba sus áridos senderos con tan gallardo ademán como pudiera por los caminos de rosas de los veinte.

A esta gentil arquitectura correspondía por dentro un noble espíritu, generoso y valiente, virtuoso y firme; aunque debe advertirse que tan excelsas cualidades sentíanse, á trechos de tiempo, como aprisionadas, ó coartadas al menos en su acción, por una rara dolencia moral, un extraño afloja-

miento de la voluntad, que hacía que el oro fino y brillante de aquella alma apareciese entonces como velado por una ténue capa de polvo. En suma, Pedro era de humor melancólico, y, aunque su sano régimen de cazador y de contínuo comercio con la Naturaleza evitáranle en lo general las grandes caídas del corazón, no acertaba el hidalgo á impedir que una piedrecilla cualquiera revolviese á lo mejor aquel légamo del fondo, y le enturbiase momentáneamente las aguas de la vida.

Este tipo moral de hombre es el que con más viveza recibe, no tanto las impresiones alegres, francamente alegres, como las plácidas, las mansas, las que nacen, por ejemplo, del sincero afecto de los otros. Almas siempre dolidas en el fondo, aunque por pudor ó por orgullo suelan aparentar serenidad, agradecen como ninguna otra lo que es blandura y consuelo, lo que tenga suavidad de mano materna catando una herida nunca del todo cerrada. Pero en nadie como en ellos son estas mismas impresiones corredores que llevan al hombre á perecer en los hondos abismos de la pena.

Los afectos humanos son inconstantes. Fuera de aquellos grandes amores engendrados por los lazos de familia ó engendradores suyos, la afición qne nos tienen las gentes suele abrigarnos como los rayos del sol, mientras toca el turno á nuestra venta-

na. Cuando nos hemos hecho á su halago y más encariñados estamos con su dulce calor, poco á poco se nos huye, y bien pronto le vemos alegrar los balcones del vecino. ¿Qué hacer? La vida es mudanza, y sólo queda por averiguar porqué existen almas que no se mudan, ni saben buscar un nuevo sol cuando la sombra del desdén ó la indiferencia cae, como noche, sobre ellas.

De este temple son esos desconsolados espontáneos como Pedro. Escarmentados y maltrechos, acaban por huir, como de un peligro, de toda naciente simpatía, de todo afecto niño que ven esbozarse en su corazón, y se amparan de los antiguos y probados, intentando llenar con ellos aquel infinito espacio de su espíritu. Por eso, sin duda, no hay quién como estos tristes ame cuanto es del hogar: padres, hermanos, los sillares de la casa y los árboles del huerto. Para estos hombres guarda la Naturaleza misteriosos bálsamos, sólo patentes á quien los ha menester. Los demás mortales pasan junto á ellos como pasa el ignorante junto á la planta milagrosa, la cual el herbolario sabe distinguir y aprovechar. A éstos escucha el bosque como confesor ó como médico; á éstos cuenta la mar la razón de su inquietud eterna, porqué no para ni se aquieta, y, aunque la bese el sol y el viento la respete, siempre suena su quejido en la playa; para éstos escribe el cielo nocturno, como para

los viejos augures, sus frases de estrellas...

Por eso aman casi todos vivir en el campo. Pedro había hecho, cuando mozo, larga residencia en Madrid, donde había tenido el lugar que merecían sus honrados apellidos, su claro entendimiento y hasta su buen talle. Mas á poco de doblar el cabo de los treinta, junto al cual suelen ser más recias las borrascas, y quizá herido por alguna de ellas, el caballero montañés acogióse á sagrado y no volvió, sino en raras ocasiones y por pocos días, á poner los pies en la corte. Si algo grave le sucedió en ella, nadie lo supo: estos hombres no tienen confidente. Otra cosa es que su excesiva sensibilidad los venda á menudo, sacándoles al rostro lo que bien quisieran tener guardado.

Aquí, pues, en la paz de su albergue aldeano, la vida de Pedro se deslizaba uniforme y serena, con la misma aparente monotonía que la vida de las cosas que le rodeaban. Y monótona aun en esencia hubiera parecido á cualquier espíritu menos educado y reflexivo que el de nuestro hidalgo, el cual, además, hallaba en los ejercicios de la caza y el largo cabalgar, y todos los otros á que da ocasión el campo, aquel soberano deleite que en ellos encuentra un cuerpo sano y vigoroso, un hombre dueño de sí por entero.

Con estos honrados gustos alternaba el de la lectura, y aunque ésta por lo común

contraíase á libros de imaginación, era lector escogido, y al par que su cultura le permitía gozar en toda su intensidad el sacro perfume de los viejos autores, su amplio y generoso criterio le llevaba á adquirir todo lo nuevo cuya fama llegaba, traída por diarios y revistas, al escondido rincón montañés. Nada rechazaba por sistema; solamente no pasaban de su puerta lo inmoral y lo soporífero. No pedía á los libros sino honradez de pensamiento y buena literatura. Ignoro si es mucho ó poco lo que les pedía...

Mas á todo iba ahora á dar de mano Pedro durante algún tiempo, á libros y á escopetas. Había sonado la dulce hora que todos los años sonaba en su perezoso reloj, y por espacio de tres meses las alimañas del monte podían vagar tan descuidadas por él como las polillas y otros bichos bibliófilos por los estantes del gabinete.

La carta de que había hablado á Sinda su amo venía de Cádiz y suscribíala una cierta Anita, señora ya madura, ligada por antiquísimas relaciones de familia con la de Pedro, y que, según costumbre de hacía tres años, disponíase á pasar en casa de éste, y acompañada de su sobrina Mercedes, la temporada de verano.

IV

Cuando Sinda se disponía á cumplir la orden de su señor, esto es, á salir de la estancia para avisar á Hilario, apareció éste en la puerta.

¿Que qué oficio desempeñaba Hilario en la casa? Difícil sería definirle. Él tenía horas de hortelano, horas de caballerizo, sus ratos de mayordomo y sus días enteros de ganadero y feriante. Éralo todo, y además buena persona de los piés á la cabeza. Había pisado la raya de los cincuenta, y pienso que de ellos lo menos cuarenta había servido á su único, absoluto é indiscutible señor Don Pedro de Rudagüera: de niño, divirtiéndole; de hombre, cuidándole la hacienda y la buena fama. Su historia es la

sabida historia del criado fiel, nacido en la casa, atado á ella de por vida por el doble lazo del respeto y el cariño, á quién no pesa su servidumbre, porque el servir á buen amo es libertad para el alma honrada.

Entró, pues, Hilario, como queda dicho, y preguntó á la vieja:

—¿Ónde está el amo, Sinda?

—Ahora viene. A buscarte me había mandao.

—Pues en ese viaje ya no te come el lobo —repuso el criado, apoyando ambas manos sobre el mango de una azada que traía, y quedando en la actitud de «en su lugar descansen».

—¿No sabes?—le dijo Sinda.—Van á venir las andaluzas.

—¡Cóila!... ¿Cuándo vienen?

—El viernes creo qué. Hoy ha cogido carta el señorito.

—Me alegro yo de eso; mira tú.

—Y yo.

—Buena gente son. Sobre tóo, la más moza. ¡Vaya un genial bueno que tién!

—Y lo divertía que es.

—Que á su lao no hay penas, mujer. Aunque uno tenga la entraña comía de negrura, tóo se le esparce á uno en viéndola. ¡Si no parece más sino que sale el sol por aquella cara! En tres meses ú menos que para aquí, deja alegría en la casa pá tóo el año... Pues esta vez vienen más pronto

que las otras. Y ¿dices que llegan el viernes?

—Eso cree el señorito... Oye, Lario, ¿cuánto habrá de Cádiz aquí?

Rascóse Hilario la cabeza, levantando un poco por detrás el sombrerón que la cubría, y contestó:

—Nunca allá estuve, pero me recelo que han de ser muchas patás las que hay que dar.

—En esos demonios de trenes se plantan acá enseguida.

—También es verdá... Estará muy contento el amo ¿eh?

—Como que ya no le cabe en la casa. Y tóo le parece poco pá osequiarla.

—Pá osequiar á la *Golondrina*. Y que le va bien el mote, porque como las golondrinas vién ella pacá en cuanto asoma el buen tiempo, y como ellas se marcha en cuanto Pico-Jano se pone la montera.

—Y como la de ellas—añadió Sinda—nos alegra su venida. ¡Dios la pague tóo el bien que hace. Pá cada uno tién su cosa que darle. ¿Ves esta falda, Lario?

—Güena paece.

—Ella me la dió. Y todavía tengo otras dos sin estrenar; ná, que me ha vestido pá mientra viva.

—No quedrás creerme, Sinda; pero más estimo yo lo que me dice cuando al marcharse me da lo que me da, que tóo lo que

me da. Como coger la primera fruta es el oirla. Pero ¿tú sabes? Si el año pasao hasta me alargó la mano.

—¿A tí? - preguntó Sinda algo asombrada.

—A mí... Bueno, te alvierto que á mí me da la mano mucha gente... Pues sí, me la dió: yo no sabía qué hacer con aquel peazuco de nieve entre estos callos. Decía yo: si apreto, se va á deshacer; si no apreto, va á paecer que desairo.

—Al señorito no les cura de murrias pá seis meses.

—Mucho beneficio le haz. Porque al fin, aunque tenga tóo este regalo que él tiene, el hombre que vive sólo siempre tira á la malencolía. El se entretiene de lo bien con su escopeta y con sus librotes; pero ya sabes que á lo mejor le acomete el humor negro, y se pasa los cuatro y los seis días sin salir de su cuarto.

—Eso le viene de casta. La difunta su madre era lo mismo: tan bnena como él, que es tóo lo bueno que se pué ser, pero con ese mismo achaque. Ello es como una pena que les da de pronto, sin saber por qué ni porqué no.

—Pá mí es del hígado—dijo con mucho aplomo Hilario.

—No te diré. Lo bueno es que se les pasa tan aina como viene. No hay más que dejarles. Ya ves tú si yo les habré cogido

el aire en sesenta y dos años que llevo comiéndoles el pan.

—¡Cóila! Pues ¿cuántos tienes, Sinda?

—Muchos, hijo. Pá mi aquél, poco me ha de faltar pá los cuatro duros. Tú figúrate que me acuerdo, como si fuera hoy, de cuando nació el padre de la señorita Mercedes. Su familia y la del nuestro señorito eran, como aquél que dice, una sola.

—Y hasta hay algo de parentesco. ¿No?

—Como parentesco no sé que haiga, pero siempre se han querío mucho.

—Pues ¿sabes lo que te digo? Que si hasta la presente no le ha hubido, el día menos pensao pué haberle.

—Si te he de hablar verdá, también yo lo barrunto.

—Calla ahora, que viene el señorito.